

ENTRE RISAS Y LLANTO, LA GESTACIÓN DEL IMAGINARIO JOSEFINO-COSTARRICENSE

Teresa Fallas Arias

“... buena parte de la identidad cultural de América Latina se ha definido gracias a su narrativa, porque la ficción literaria ha ido más allá que otras disciplinas en la percepción de los signos que definen la especificidad del continente (...) contribuyendo en forma activa a la búsqueda y definición de los signos propios y específicos de la realidad”.

Fernando Aínsa¹.

RESUMEN

En esta exploración de *Risas y llanto* (1888), novela inaugural de la literatura costarricense, analizo la configuración del imaginario josefino-nacional. Vinculada la literatura al nacionalismo político en el que se gestó el proyecto identitario, en esta novela de Manuel Argüello Mora se descubren las maniobras de la burguesía agroexportadora para configurar la identidad, suprimiendo la multiculturalidad con posturas racializadas y homogeneizadoras. Este imaginario, manoseado por políticos e intelectuales costarricenses desde la década de 1880 hasta el presente, visualiza a Costa Rica como una especie de arcadia meseteña en la cual todos somos blancos, iguales y pacíficos; tal la recreación de Argüello en la novela.

Palabras claves: novela costarricense, nacionalismo, estado-nación, imaginario, identidad, excepcionalismo.

ABSTRACT

In this approach of *Risas y llanto* (1888), an introductory novel in Costa Rican literature, I analyze the creation of the national, urban imaginary from San José. Literature was linked to the political nationalism from which the identity project emerged, Manuel Argüello's novel portrays the bourgeoisie's strategies to build the identity by eliminating multicultural perspectives with homogenous and racist ones. This imaginary, manipulated by Costa Rican politicians and intellectuals since the decade of 1880 until today, visualizes Costa Rica as a kind of Arcadian plain in which we are all white, equal, and peaceful; such as recreated in Argüello's novel.

Keywords: Costa Rican novel, nationalism, state-nation, imaginary, identity, exceptionalism.

Con la exploración de *Risas y llanto*, novela inaugural de la literatura costarricense, intento develar la configuración del imaginario josefino, bajo el que se consolida, en las dos últimas décadas del siglo XIX, el estado-nación en Costa Rica². A través de *Risas y llanto* o

Misterio, títulos conferidos por Manuel Argüello Mora a su novela publicada en 1888 y que alternaré dependiendo del juego desplegado por tales denominaciones, este escritor participa en la conformación de la identidad nacional al “unificar” las imágenes fragmentadas de la sociedad, para

singularizar al país como único y excepcional. El imaginario josefino-nacional irrumpe en una época en la cual el “labriego sencillo”, mito inicial de la “democracia rural”, deviene jornalero con la emergente economía agroexportadora en la que destacan los cafetaleros, los comerciantes, los prestamistas.

Según plantea Beatriz González, en el libro *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, en la etapa de consolidación del estado-nación en Hispanoamérica se potencializan formas discursivas como las novelas, obras desde las cuales se incita el sentimiento nacionalista. Durante ese período las historias literarias se convierten en un instrumento del modelo liberal al servirle

“a los sectores dominantes para fijar y asegurar los emblemas necesarios de la imagen de unidad y política nacional. Así, la “literatura” tendrá de acuerdo con la concepción liberal- la capacidad de operar sobre las condiciones materiales para hacer efectivo el progreso social, y las historias literarias representarán el lenguaje institucionalizado de los intereses de estas clases que se atribuirán la formación de los estados nacionales” (González, p.19).

En ese sentido las historias literarias nacionales ejercieron una función estratégica al ofrecer una “imagen ideológica adecuada (...) al efecto de unidad nacional buscado por las élites rectoras” (González, 1987, P. 26-27). Empeñado en constituir una tradición literaria particular el liberalismo simula reconocer cierta heterogeneidad o mestizaje cultural en su proyecto, sin embargo no pasa de ser “un efecto estético-ideológico de carácter populista del pensamiento liberal para incluir, sólo a manera de efecto, la participación de los sectores sociales excluidos del poder dentro del marco de la vida nacional” (González, 1987, P. 221). Construido el proceso desde arriba se impone el prejuicio clasista con el racial lo que explica la exclusión histórico-cultural de los sectores populares, los grupos indígenas y los afrodescendientes, negándose, de esa manera, el origen variopinto de la sociedad y

sacrificándose “toda multiplicidad en el altar de lo idéntico” (Escobar, 1992, P.120).

Con ese objetivo los gobiernos establecen “una serie de medidas para hacer efectiva la unidad nacional, inclusive a costa del exterminio de etnias que no se avenían al modelo de nación que se quería implantar” (González, 1987, P. 37). En ese proceso de “unidimensionalización y homogeneización de todos los factores perturbadores de la unidad nacional (unidad de lengua, de raza, de religión, de cultura, de historia, de territorio)” (González, 1987, P. 42), elaboran lo que suponen una identidad permanente, sustentada en la historia oficial; una leyenda histórica afín a los propios intereses que silencia, falsifica, expropia y aniquila, las historias de las etnias subyugadas.

Planteado el tema de la identidad nacional la literatura del período de consolidación del estado-nación surge ligada al nacionalismo político, porque es precisamente en la novelística donde se gesta el proyecto identitario americanista. Un proyecto que si bien intentó no imitar los movimientos literarios foráneos conservó algunos elementos del romanticismo además de valorar el realismo, tendencias literarias en la que se inscribe *Misterio*, novela con la que Manuel Argüello Mora emprende la construcción de un imaginario josefino que generaliza a todo el territorio costarricense.

Consciente de la necesidad de una literatura nacional, Argüello previene a los lectores sobre el vacío que intenta llenar con esta obra divulgada por entregas, en la *Revista Costa Rica Ilustrada*, con el título *Risas y llanto*, nombre que cambiará, en posteriores ediciones, al titularla *Misterio*³. Según expone esperó durante varios años “que alguna de nuestras buenas plumas ensayara la más fácil tarea de los aficionados a la literatura: la novela, pero no la novela que solo divierte al lector, sino la que enseña o instruye y más que todo **la novela nacional**” (Argüello, 2004, P. xli)⁴. La espera en vano lo lleva a escribir *Misterio* con la finalidad de “dar a conocer nuestras peculiares costumbres y modos de ser” (Argüello, 2004, P. 235). Aunque arguye que sus intenciones no son buscar reputación o gloria, porque su único objetivo es “abrir la brecha para que otros (...) se apoderen del campo y lo

cultiven” (Argüello, 2004, P. xli), es evidente que, con esta novela, Argüello se proyecta como el escritor fundacional de la novelística costarricense en una época en la que la oligarquía liberal agroexportadora, tomado el poder, está en búsqueda de una invención histórica unificadora que encubra sus intereses particulares y josefinos con los nacionales⁵.

El “labriego sencillo”: mito inaugural del imaginario costarricense

Si bien el proyecto liberal costarricense fragua el imaginario josefino-nacional en las últimas décadas del siglo XIX, el proceso de invención identitaria se había iniciado desde la colonia con la gestación del mito del “labriego sencillo”. Aislada del resto de Centroamérica y con escasa población, la Costa Rica colonial esbozada por los historiadores parece haberse reducido “a una sociedad de labriegos propietarios, celosos de su independencia y dedicados a la producción de subsistencia” (Pérez, 1986, P. 88). Durante ese período “el labrador del todo desposeído no prevalecía. La labranza y la cría de bestias –base del ingreso campesino– se efectuaban en una urdimbre doméstica y comunal, en la que predominaba sin esfuerzo la labor en lo propio” (Molina, 1991, P. 105). Es en esa “democracia rural”, caracterizada por las relaciones cotidianas entre sus pobladores, en la que se concibe el imaginario del “labriego sencillo”; un mito forjado en la sociedad colonial-patriarcal y cuyo arquetipo materno es la tierra por cuanto

“La mujer es en el patriarcado, el emplazamiento de la reproducción, la tierra en la que el hombre planta su semilla para que de frutos, y así se concibe también a la tierra, como una madre que cuida, protege y da alimento a sus hijos, y se habla, como de la mujer, de tierra fértil y tierra estéril” (Martín, p. 163).

Si durante el período colonial el labriego configura, simbólicamente, la comunidad imaginada los cambios ocurridos en las dos últimas décadas del siglo XIX, al consolidarse el estado-nación, suscitan su desplazamiento al surgir “un sector de labriegos pobres y asalariados” (Molina, 1991, P. 276). Ya para 1888, año en

el que Argüello escribe *Misterio*, el labriego o pequeño propietario tiende a desaparecer debido a la concentración de la tierra promovida por el auge en la producción y la comercialización del café, prácticas que conllevan la metalización de la sociedad y el inicio de nuevas políticas usurarias. Todos estos cambios repercuten en la “conformación de un mercado de fuerza asalariada” (Molina, 1991, P. 43), estableciéndose nuevas relaciones económicas al convertirse el labriego en peón de los hacendados cafetaleros.

Aunque en el nuevo escenario impuesto por la economía capitalista el “labriego sencillo” materialmente se fue extinguiendo, no sucedió lo mismo con el mito. Esta metáfora del nacionalismo costarricense la conservaron los políticos e intelectuales liberales para gestar al héroe nacional por cuanto el proyecto de la burguesía agroexportadora “debió ser mezclado con otros elementos culturales, a fin de que pudiera resultar más atractivo para los sectores populares, y cumplir su función como organizador ideológico de la dominación clasista” (Palmer, 1994, P. 33). El mito del labriego se reforzó, años después, al ser incorporado en el Himno Nacional, “eternizándose” este imaginario y proyectándose hasta hoy en los discursos de quienes, estratégica y convenientemente, lo perpetúan cada vez que celebran la “excepcionalidad” de los costarricenses.

SAN JOSÉ: LA CAPITAL PROGRESISTA, BLANCA, IGUALITARIA, PACÍFICA

Los cambios suscitados en San José durante las dos últimas décadas del siglo XIX, producto del desarrollo y consolidación del estado liberal costarricense, se constituyen en el panorama bajo en el que Argüello Mora teje la trama novelística de *Misterio*. No es el territorio nacional el que cambia con el auge productivo-mercantil del café; es San José el que experimenta aceleradas transformaciones, mensurables en la cantidad de carretas cargadas con ese fruto que desfilan durante todo el día por las calles josefinas (Argüello, 2004, P.217)⁶. Con el desarrollo comercial se ensanchan las desigualdades

sociales y económicas; disparidades palpables en las descripciones de las viviendas capitalinas donde mientras unas cuantas tienen “el aspecto de un castillo incendiándose, tal era el número de luces que iluminaban sus salones” (Argüello, 2004, P.213), las demás carecen de pintura, de vidrios en las ventanas y de cerraduras en las puertas (Argüello, 2004, P. 284).

Las diferencias socioeconómicas se descubren, igualmente, en el ordenamiento urbanístico josefino donde las calles se constituyen en líneas divisorias de los sectores sociales. Así mientras la calle del Comercio y la del Chapuú concentran a los grupos adinerados, entre quienes se encuentran los cafetaleros, los comerciantes y los mineros, la calle del Seminario y otras más se van poblando con los sectores bajos y los venidos a menos como aquella “familia numerosa, que en otra época fue rica y llena de prestigio, pero que en la crisis mercantil de 1882 se arruinó completamente y tuvo que abandonar sus relaciones y costumbres de confort para aislarse y vivir en una pobreza rayana en la miseria” (Argüello, 2004, P. 225). Estos sectores se ven desplazados no sólo por la coyuntura financiera, a la que alude Argüello, sino por la concentración de la propiedad porque durante esa época la tierra pasa a ser un bien que se compra, se vende o se pierde en manos de los prestamistas. Esto por cuanto la Costa Rica del modelo agroexportador es una nación garante de las nuevas políticas usurarias; “una sociedad metalizada” (Argüello, 2004, P. 232) que comercia con Inglaterra, Francia y Chile, países con los que mantiene relaciones mercantiles y consulares (Argüello, 2004, P. 270).

Durante este período no se puede hablar de transformaciones nacionales porque el desarrollo infraestructural, suscitado por la producción y comercialización del café, se circunscribe a la capital como lo prueba el surgimiento de oficinas, tiendas, librerías y hoteles. Entre estos últimos destaca el Francés, también llamado Hotel de Vigne, situado en la “Plazuela de la Merced, frente a la Iglesia del mismo nombre” (Argüello, 2004, P. 246). También sobresale el Hotel de Benedictus, a cuyo propietario, según Argüello, “pertenece el honor de haber elevado nuestro sistema de hoteles a un grado desconocido en el resto de

Centro América” (Argüello, 2004, P. 282). Con la ponderación de este hotel el novelista comienza a instituir el “excepcionalismo” de Costa Rica, país que brinda hoteles de categoría internacional, en comparación con los hospedajes ofrecidos por las otras naciones centroamericanas.

El excepcionalismo desplegado, interna como externamente, lo lleva hasta el ámbito étnico por cuanto en el período liberal la raza se convierte en

“un concepto fundamental a partir del cual se interpretaba la realidad (...) una marca sobre los cuerpos, una presencia ineludible que dejaba ver sus diferencias (...) una construcción científica a partir de la cual se proyectaba el devenir de la nación, el futuro de sus habitantes y la posibilidad de influir sobre los signos físico-biológicos de la herencia familiar y la permanencia de las estirpes superiores. La dinámica simbólica de la raza y de la sangre sustentaba la creación y circulación de mitos que aludían a una organización jerárquica de los grupos sociales y a un predominio de los más puros y fuertes” (Amado, 2004, P. 22-23).

Desde la perspectiva racializada, Argüello plantea en *Misterio* la blancura de los costarricenses como un signo originario, borrando las herencias aborígenes y afrodescendientes debido a que, en el proceso de invención y configuración del imaginario josefino-nacional promovido por el proyecto liberal, estos grupos étnicos son subsumidos en el discurso de la mismidad “olvidándose que “la heterogeneidad cultural y social, precedió a la comunidad homogénea imaginada (...) vale decir a la nación, al Estado-nación y al nacionalismo” (Lugo, 1993, P. 77)⁷. Gestor del enfoque homogeneizador Argüello se distancia de las etnias nativas porque si bien incorpora en *Misterio* a una criada nacida en Orosí, de cuyo origen podría deducirse es indígena, Florencia, que así se llama la sirvienta de una acaudalada familia josefina, no logra transmitir o heredar su propia cultura. Tal conjetura se desprende de la declaración de Florencia quien confiesa: “nada dejo en materia de bienes de fortuna,

porque nunca he tenido más que el salario que mis patronos me pagaban; y ese salario apenas alcanzaba para subsistir a mis diarias necesidades” (Argüello, p. 272)⁸. Delineada con los estereotipos y los prejuicios con los que el grupo hegemónico descalifica a los grupos indígenas esta criada-esclava, a la que su amo atemoriza y apenas remunera con la comida y el vestido, muere sin poder recrear sus tradiciones ni reproducir su estirpe al no dejar descendencia.

Otro tanto sucede con los afrodescendientes, grupo excluido del proyecto liberal costarricense como se percibe en la novela en análisis. Si bien Argüello incluye en su obra a un negro llamado Puk, este personaje es foráneo⁹. Puk reside temporalmente en Costa Rica por cuanto su papel se circunscribe a ser el criado de Rakosky: un polaco tan rico como Crespo, según la expresión empleada por Argüello para referirse al acaudalado viajero. Perteneciente a una etnia descalificada Puk es representado en *Misterio* a través de una historia caracterizada por el exotismo. Así se constata cuando este personaje le confiesa su origen a Narcisca, criada costarricense a la que corteja y con la que se desposa:

“-Yo nací- le decía Puk- en las riberas del Nilo blanco, más allá de las Cataratas, y pasé mi juventud en Kartoum. Así es que soy abisinio puro, y leal súbdito de Menelik (...) El conocimiento con mi patrón fue novelesco y efecto de una peligrosa aventura que casi le cuesta la vida al señor Rakosky (...) Viajero turista de los miles que suben el Nilo todos los años, había sido sorprendido por una bandada de más de veinte lobos (...) Rakosky mataba, hería, espartaba, pero ya sus fuerzas comenzaban a faltarle por la mucha sangre que perdía por las heridas recibidas. Ya puedes figurarte cuán oportuna fue mi ayuda. El Mr. Rakosky quiso hacerme un gran regalo de dinero en recompensa de mis servicios, más yo rehusé sus ofertas y le manifesté que mi mejor recompensa sería que me admitiera como criado suyo y me llevara a viajar con él” (Argüello, p. 268-269).

De paso por el territorio nacional Puk no deja descendientes porque, una vez desposado,

continúa su errancia al servicio de Rakosky. De esta manera, y como si en Costa Rica no existieran afrodescendientes, Argüello borra de un plumazo el multiculturalismo costarricense¹⁰. Simultáneamente instituye las relaciones desiguales de poder al legitimar la subordinación de los sectores desplazados a quienes, únicamente, parece competelerles ser sirvientes de la minoría dominante.

Establecida la blancura de los costarricenses, con la exclusión de las etnias indígenas y los grupos afrodescendientes, Argüello se encarga de encubrir los conflictos sociales surgidos con el proyecto liberal, enmascarando los antagonismos capitalinos con una pretendida concordia:

“Sabido es que en San José, capital de la República, se ha gozado siempre de más libertad y tranquilidad que en las provincias. Eso proviene de que se está más cerca de las autoridades supremas, por aquel principio que no falta nunca, de que en mayor categoría se encuentra más cortesía y menos afectación e imposición por parte de las autoridades” (Argüello, p. 252).

Si bien Argüello se refiere a las otras “provincias” destaca la placidez de San José por cuanto el imaginario lo circunscribe a la capital. Eso no impide que lo proyecte a toda la nación debido a que “el mito de la Costa Rica blanca, igualitaria y pacífica se desarrolló bajo el auge liberal” (Putnam, 1999, P. 142)¹¹. Perteneciente a la fracción en el poder y por tanto promotor de la invención identitaria, el novelista oficializa en *Misterio* una historia hegemónica circunscrita a la Meseta Central, obviando el pluralismo étnico, social, lingüístico, religioso, regional¹². En la anulación del pluralismo cultural influyó la racialización promovida por el sector dominante, segregación que trasciende, culturalmente, “dentro de la retórica de las elites, dentro de la práctica institucional del poder, y dentro de las prácticas sociales cotidianas” (Putnam, 1999, P. 151). Ese racismo amplificado explica la permanencia del imaginario josefino que se quiso nacional y se quiere eterno, pese a que “no es concebible una diversidad esencializable que pueda preservarse de una vez y para siempre” (Grimson, 2003, P. 18).

La simulación de placidez, durante el desarrollo y consolidación del estado-nación en Costa Rica, no impide que en *Misterio* queden al descubierto indicios reveladores de que “el proceso de homogeneización ideológica y de formación de una conciencia o identidad “nacional” que respondiera al proyecto hegemónico del “liberalismo” oligárquico, no podía desarrollarse de manera uniforme y unívoca sin generar múltiples tensiones y contradicciones” (Quesada, 1998, P.105). Las discordancias entre ganadores y perdedores, con el ascenso de los oligarcas al poder, se aprecian en *Risas y llanto*, título dado en un primer momento a *Misterio*. Estos sentimientos contradictorios parecen conmover a la sociedad josefina de ese período pues mientras los comerciantes, los mineros, los cafetaleros y los usureros, gozan de los beneficios a los que acceden con el sistema liberal, los pequeños propietarios, de larga herencia colonial, son desplazados convirtiéndose en la mano de obra requerida por el capital agroexportador.

Entre risas y llanto parece debatirse la sociedad capitalina de ese período al mismo tiempo que Argüello Mora oscila entre dos perspectivas: si por un lado construye un imaginario en el que, supuestamente, prevalece la paz, por el otro se contradice al reclamarle al grupo gobernante las persecuciones y los desplantes dictatoriales. En ese sentido se interpreta la crítica en *Misterio* a la verticalidad de los oligarcas donde el policía, el jefe policial, el gobernador y el ministro, impiden acceder al presidente sin que medie entre los mandos jerárquicos una adecuada información. De tal incomunicación derivan, según el novelista, situaciones comprometedoras para el presidente que, guiado por presunciones e indicios engañosos, actúa despóticamente sobre los mismos partidarios perdiendo incondicionales a su gobierno. Aunque Argüello verifica la jerarquía existente en la sociedad costarricense, construye la nación imaginada “como una comunidad horizontal, pese a las desigualdades en la realidad” (Palmer, 1994, P. 35).

El descontento contra el gobernante, por parte de algunas de las fracciones burguesas entre las que se incluye él mismo, lo simboliza en la trama novelística a través de Julio y Roberto,

jóvenes liberales quienes a pesar de ser “amigos personales y adictos al gobernante, porque lo creían justo y honrado (...) desde que sufrieron el injusto arresto (...) no volvieron a visitar ni defender aquella administración que con tanta facilidad y tan falso criterio, introducía la alarma y el malestar en las familias” (Argüello, 2004, P. 252-253). La crítica al presidente la amplifica al mostrar la forma en que éste se deja llevar por patrañas como las que desataron amenazas y encarcelamientos ante las sospechas de que “gentes importantes preparaban una revolución que estaba al estallar” (Argüello, 2004, P. 247). Su reprobación va más allá al exponer la intolerancia del mandatario ante las críticas, por lo que no es extraño que le reste méritos a la administración develando la inyección de capitales extranjeros en el desarrollo nacional, como las heredades de Rakosky quien deja “cuantiosos bienes a la Municipalidad de San José (...) y trescientos mil pesos para fundar un hospital donde acaben tranquilamente sus días los ancianos de ambos sexos que carezcan de recursos” (Argüello, 2004, P. 290).

Estratégicamente encubierto bajo el seudónimo Sirio Argüello censuró al grupo gobernante evadiendo ser perseguido o condenado por los oligarcas que, en su lucha por cuotas de poder, habían derrocado y fusilado a Juan Rafael Mora Porras, su tío y padre adoptivo. Aunque el estudioso de la literatura Juan Durán Luzio afirma que Manuel Argüello Mora firmó la novela *Misterio* con sus dos apellidos una vez que ésta fue gustada, aceptada y popularizada entre sus conciudadanos, considero que la revelación demorada de la autoría no se debe a la recepción de la obra, sino a una táctica política suya¹³. Con el seudónimo Sirio y otros tantos sobrenombres el novelista sorteó el peligro que pudieron generar las impresiones plasmadas en *Misterio* y en otros de sus relatos. Así lo confirma el mismo Argüello en el preámbulo de sus Obras literarias e históricas al aclarar que sus manuscritos

“pueden no estar de acuerdo con las publicaciones oficiales. Eso se comprende si se reflexiona en el interés que tienen los diferentes grupos preponderantes en cada época, de paliar y a veces de ocultar ciertos hechos que no les son

favorables, o de recargar de tintas deslumbrantes y exageradas algunos de los hechos o acontecimientos de que han sido autores” (Argüello, 2004, P. 20)¹⁴.

Oculto por diferentes seudónimos, Argüello pudo denunciar el interés del grupo oligarca por instaurar nuevos protagonistas históricos, mediante distintas artimañas, como el proceso de conversión de Juan Santamaría a héroe nacional, en una época en la que aún estaba vigente la heroicidad de Juan Rafael Mora Porras. Si los liberales costarricenses no podían recurrir a héroes independentistas por “el carácter pacífico de la emancipación colonial de Centroamérica” (Palmer, 1994, P. 36) y el héroe de 1856 les resultaba inoportuno, no es extraño que optaran por un nuevo héroe de trascendencia no sólo nacional, sino centroamericana.

Del proceso de conversión y sustitución del héroe nacional parece desprenderse la referencia hecha por Argüello en *Misterio*, sobre la escasa celebración en Costa Rica de la fecha de independencia “por habernos costado tan poco sacudir el yugo español” (Argüello, 2004, P. 261). La rememoración de la contingencia independentista se convierte en una especie de recordatorio a la clase oligarca, de la carencia de una historia épica costarricense anterior a la Campaña Nacional. Es probable que con esa evocación subraye, intencionalmente, lo circunstancial de la creación de un héroe elegido entre los combatientes anónimos de la guerra de 1856, cuando se tiene el gran héroe de la gesta nacionalista contra los filibusteros. No sorprende que Argüello vea como una afrenta a su tío-padre la gestación del héroe Juan Santamaría, pues tal invención “tiene por objeto opacar las importantes figuras de Juan Rafael Mora y José María Cañas. Además, responde al interés de legitimar el ascenso al poder de una élite contraria a la élite morista que le precedió” (Méndez, 2007, P. 3).

ENTRE LO PROPIO Y LO AJENO: EL IMAGINARIO JOSEFINO-NACIONAL

Si en *Misterio* se traslucen las disonancias por las que atraviesa la sociedad capitalina,

durante el período de consolidación del proyecto liberal, otras tantas se vislumbran en el sistema oligarca que, internamente, exhibe sus propias paradojas toda vez que “oscila entre la identificación y la asimilación con los modelos económicos, políticos e ideológicos metropolitanos europeos” (Quesada, p. 105). Esa ambivalencia se transfiere a la representación del imaginario porque al mismo tiempo que se descubre lo propio, se valora lo ajeno; especialmente lo europeo por cuanto

“el proceso de formación de la identidad nacional que respondiera a las exigencias del precario estado “liberal” costarricense, oligárquico y periférico, quedó marcado, de manera inconsciente pero indeleble, por una múltiple enajenación que confundía los intereses nacionales con los intereses oligárquicos y las necesidades propias con los ordenamientos ajenos” (Quesada, 1998, P. 105).

El enfoque de Europa como metrópoli civilizatoria-legitimadora se afirma en *Misterio* cada vez que el narrador es seducido por Inglaterra y Francia o por los viajeros, provenientes de esas y otras latitudes europeas. Frente a las naciones con las que Costa Rica establece y mantiene vínculos comerciales y culturales, España es relegada. Así se deduce del comentario sobre la celebración del aniversario de la independencia. Para el novelista existe un antes y un después de tal acontecimiento pues, según revela,

“si algún pueblo de América ganó con la independencia, indudablemente fue Costa Rica porque antes de gobernarnos nosotros mismos, éramos excesivamente pobres, casi miserables, y apenas paladeamos la autonomía, nos transformamos dejando atrás a Guatemala, El Ecuador, Bolivia y otras repúblicas a las cuales España dotó con grandes edificios para su culto y gobierno, con universidades y escuelas. Que nos perdone la franqueza nuestra Madre Patria; pero así es como han pasado las cosas” (Argüello, 2004, P. 261).

Es sugerente advertir la forma en la que Argüello le reclama a España la pasada esclavitud,

valiéndose del contraste entre el pasado y el presente, para de seguido ponderar las transformaciones socioeconómicas resultantes de las políticas agroexportadoras. La distancia referente a España la proyecta también a Guatemala al reafirmar la convicción de la clase en el poder de no apoyar las ideas unionistas centroamericanas, obsesiones patentes desde la misma separación y vigentes durante este período por las frecuentes declaratorias de unificación como la planteada el 28 de febrero de 1885, por el “dictador guatemalteco Justo Rufino Barrios de la Unión de Centroamérica; a la fuerza si las otras repúblicas no lo hacían por iniciativa propia” (Méndez, 2007, P. 78). El nacionalismo bajo el que se encubren los oligarcas emerge en la novela cuando Argüello ratifica la desvinculación irrevocable de Guatemala, país aventajado por Costa Rica. La misma alocución le sirve para recrear el imaginario de la “democracia rural”, evidenciando la pobreza de los costarricenses durante la colonia y mientras Costa Rica fue parte de la Capitanía de Guatemala.

Aunque la oligarquía liberal costarricense se distancia de España es seducida por París, ciudad a la que Argüello elogia como la “capital de las ciencias, de las artes y de la gracia” (Argüello, 2004, P. 278). No es extraño que el novelista rehabilite la palabra legitimadora europea por cuanto fueron los extranjeros, en mancomunidad de intereses con los gobernantes nacionales, quienes inician la elaboración del imaginario nacional costarricense¹⁵. Es probable que, conocedor de las apreciaciones de los viajeros europeos sobre Costa Rica, Argüello recupere la palabra de éstos a través del polaco Rakosky, personaje recreador del mito de la Costa Rica “excepcional”¹⁶. Tal apreciación se confirma cuando Rakosky, representado en *Misterio* como benefactor de los desplazados, de los sectores pobres y del estado costarricense, señala:

“si este pequeño país no es conocido de los geógrafos, él vale más que ellos. A Costa Rica nada le importa que no la conozcan esos copiadores de nombres, y ellos sí pierden mucho ignorando su existencia (...) Conozco muchísimos lugares en Europa cuya descripción llena los

diccionarios geográficos y las memorias de los turistas, que no resisten la comparación con este país y que están habitados por pueblos inferiores al de Costa Rica en cultura, civilización, riqueza y fuerza vital.” (Argüello, p. 244).

El “descontento” de Rakosky con los cartógrafos se debe a que en el diccionario geográfico se encuentran cerca de “trescientos San José esparcidos en toda la América y España” (Argüello, 2004, P. 244), sin que se destaque la ciudad a la que ha arribado. El malestar va más allá cuando comprueba que no sólo confunden a Costa Rica con Puerto Rico, al delinearla como una “isla del océano Atlántico en las Antillas mayores o grandes Antillas” (Argüello, 2004, P. 244), sino que mantienen otros datos erróneos y desactualizados sobre el país, representándolo como una “colonia española poco próspera que produce café, azúcar y tabaco de mala clase” (p. 244). Esta caracterización es inaceptable en un momento en el que Costa Rica se instituye, bajo el sistema oligarca, en una nación próspera y soberana que produce y comercia “cierta clase de café que se toma en Londres” (p. 244). Una Costa Rica de avanzada y con las facultades esenciales para configurar su propio imaginario excepcional por cuanto cotejada con otros lugares europeos resulta victoriosa.

En la vía de la excepcionalidad, la exuberancia de la naturaleza costarricense es legitimada por Rakosky al bosquejarla mediante las impresiones expuestas a su regreso de “un viaje al territorio de los Guatuzos” (Argüello, 2004, P. 274); al organizar un paseo al volcán Irazú donde es posible “ver una salida de sol en el Atlántico y una puesta del grande astro en el Pacífico” (Argüello, 2004, P. 267) y cuando compara su riqueza monetaria con Guanacaste, territorio al que rebasa, según él, su fortuna. Es a este personaje europeo al que le corresponde además, decretar la belleza de las mujeres costarricenses; una imagen que trasciende allende las fronteras centroamericanas¹⁷. El escritor apela no sólo al foráneo sino a los naturales que han viajado, para confirmar lo que, retóricamente, él se pregunta y contesta simultáneamente:

“¿Hay en América o Europa alguna ciudad, villa o aldea, que con la misma población de San José, posea igual número de lindos palmitos? No, mil veces no; y esto lo decimos con perdón de Baltimore, de Viena y de toda la Andalucía” (Argüello, 2004, P. 217)¹⁸.

Desde esa perspectiva no sorprende que Rakosky describa a Delfina, protagonista de la novela, como una niña encantadora, preciosa y elegante. Ni que cambie los planes de viajar a la India para seguirla a Costa Rica, flechado por su beldad no más conocerla, tal es el poder de seducción de la josefina sobre el foráneo. Tampoco resulta extraño que una vez llegado al país Rakosky estime que la belleza femenina “no es prenda de valor en Costa Rica, en que la fealdad es la excepción de la regla, principalmente en San José y entre las hijas de clase acomodada” (Argüello, 2004, P. 217). De esa manera Argüello, recreador del imaginario josefino-costarricense, emplaza la belleza femenina en el espacio capitalino, al mismo tiempo que la circunscribe a las mujeres del sector acaudalado.

Junto con la palabra legitimadora de Rakosky emerge la voz de la parisina Mademoiselle Roqueval para reafirmar el excepcionalismo costarricense. Sin conocer el país se aventura a recrear las bellezas naturales de Costa Rica a través de las cartas enviadas a Delfina, en un intento por apaciguar la melancolía de su amiga. En la trama epistolar, con la que Argüello recrea la relación amistosa de estas compañeras de estudio, M. Roqueval alaba los prodigios que posee ese “país encantado (...) ¡Los volcanes arrojando fuego y bocanadas de luz roja y blanquecina...! Los ríos caudalosos como los mares europeos, y las tempestades trasladando pueblos y montañas de un punto al otro del territorio” (Argüello, 2004, P. 218). Ante tales apreciaciones Delfina, seducida por París, le objeta:

¿Crees acaso que la América de hoy es la de Pizarro o la de Hernán Cortés? La América actual no tiene selvas vírgenes, cedros centenarios ni mucho menos Pablos ni Virginia (...) Los volcanes arrojan cenizas y lodazales en vez de luceros o torrentes de luz ¿Por qué no me

felicitas por el pintoresco vestido de plumas, a la moda de Adán y Eva, que antes usaban las indias nativas? Dejemos esas revistas retrospectivas de la tierra de Colon y vamos a lo real y cierto” (Argüello, 2004, P. 219).

Con tal réplica Delfina deslegitima, como representante del grupo hegemónico, a las etnias nativas representándolas como elementos pintorescos. Es probable que a través de la discusión epistolar entre Mademoiselle Roqueval y Delfina, en la que la europea valora lo que la costarricense menosprecia, Argüello reproduzca los debates que, por esa misma época, se originan en Costa Rica; desacuerdos que desembocan en la famosa polémica sobre nacionalismo literario en 1894, en la “que “europeístas” y “nacionalistas” discutieron si la realidad o el pueblo costarricenses eran lo suficientemente “poéticos”, como para dar origen a sensaciones o a producciones “artísticas” (Quesada, 1998, P. 107)¹⁹. Es sugestivo observar la táctica con la cual Argüello intenta, inmerso en un sistema de dominación masculino, que la disputa se dirima entre mujeres. Cabría suponer que con esta actitud el escritor trivializó tales polémicas reduciéndolas a “habladurías de mujeres”, mientras él se dedicó a escribir y a demostrar en su novelística la amalgama de perspectivas europeístas y nacionalistas, sin desmerecer ninguna de ellas en la configuración identitaria. Así se intuye cuando el narrador de Misterio declara:

“No es sólo en las grandes ciudades en donde germinan esos dramas (...) y donde se ocultan esos insondables misterios productores de sufrimientos y desgracias. Allí donde respiren juntos dos seres humanos de diferente sexo, habrá suficiente material para confeccionar desventuras e inverosímiles sorpresas” (Argüello, 2004, P. 291).

La reflexión sobre lo propio la despliega cuando incorpora en la novela una canción nacional cuya letra “fue compuesta en San Ramón en 1881, por el joven costarricense don David Hine y la música por el malogrado artista don Manuel Gutiérrez” (Argüello, 2004, P. 237). Es sugerente la alusión hecha por Argüello sobre Manuel

Gutiérrez porque este músico, fallecido un año antes de la publicación de *Misterio*, forma parte del imaginario costarricense como autor de la música del himno nacional²⁰. Una composición creada en 1852 ante el apremio del presidente Juan Rafael Mora Porras quien deseaba recibir, de manera ceremoniosa, a funcionarios procedentes de países con los que Costa Rica mantenía relaciones comerciales y diplomáticas.

Emplazado en la recreación de lo propio y vislumbrando las discusiones conducentes a la primera polémica “sobre el uso del habla popular en la literatura y la corrección del castellano “tico” (Rojas y Ovarés, 1995, P. 32), el novelista señala la práctica del voseo como una particularidad del “provincialismo” costarricense frente al usted; un tratamiento frío y respetuoso, utilizado entre personas educadas. Si bien Argüello atribuye el uso de este vocablo equivalente al tú, a “personas cuyas relaciones íntimas tienen por origen el amor, la amistad o el parentesco muy cercano” (Argüello, 2004, P. 234), no reprueba la usanza entre los nacionales aunque incomode a los foráneos, reafirmando que el “objeto al escribir esta historia no es otro que dar a conocer nuestras peculiares costumbres y modos de ser” (Argüello, 2004, P. 235). En ese sentido y para que no quepa ninguna duda de su adhesión, agrega: “usaremos de esa antigramatical manera de hablar, por más que ella sea nueva y desagradable para oídos extranjeros” (Argüello, 2004, P. 235). De esa manera Argüello incorpora el voseo como una costumbre popular costarricense; una práctica que parece haber circulado, antes y desde esa época, sin ningún obstáculo entre las distintas esferas sociales, incluida la dominante.

La familia imaginada y los arquetipos maternos

“Imaginar una nación siempre implicó imaginar un tipo de familia: ésta ofrecería, según aquellos que forjaban su diseño, la versión idealizada de una ficción de por sí utópica.”

Ana Amado. *Lazos de familia*, p. 20.

El imaginario josefino-nacional, ideado por Argüello Mora en *Misterio*, trasciende y se

reproduce a través de la familia, base fundamental del sistema liberal-patriarcal. Los cambios ocurridos con la expansión del capitalismo agro-exportador y la creciente diferenciación social, demandaron del sistema institucional emergente otras prácticas de integración y vigilancia poblacional. Basado en preceptos de civilización, orden y progreso, y promotor de la secularización de la sociedad, el sistema liberal redefinió las construcciones simbólicas y modelos de convivencia social entre las que sobresalió la familia como institución legitimadora de los valores burgueses-mercantiles. Dentro de las políticas sociales “fue fundamental para los liberales redefinir y modernizar el papel de la familia (Rodríguez, 2003, P. 32), por cuanto ésta se constituyó en “el espacio en el que convergieron el interés político, la vigilancia higienista y el saber eugenésico. Motor de la reproducción biológica y moral, la institución familiar conectaba el cuerpo individual y el organismo social al mismo tiempo que regulaba las fronteras entre lo privado y lo público” (Amado, 2004, P. 23)²¹. Tal proyecto se implementó en el

“marco de una creciente efervescencia social, de las reformas liberales, de construcción de un discurso hegemónico liberal, de reforma y democratización del sistema socio-político, del desarrollo de las políticas sociales y moralizantes del Estado liberal, de secularización de la sociedad” (Rodríguez, 2003, P. 33).

Inmerso en las regulaciones que le dieron su propio fundamento y siendo un sistema político-económico desigual y excluyente, el estado liberal desaprobó para la familia imaginada el cruce de razas, desplazando a los grupos indígenas y a los afrodescendientes. En cuanto a las mujeres, instauró prácticas de saneamiento mediante “normativas orientadas al control de comportamientos femeninos” (Flores, 2007, P. 19) porque, sustentado el sistema liberal en supuestos patriarcales defendidos desde la colonia, la feminidad va a trascender como una desviación del orden. Relacionadas las mujeres con la naturaleza, el régimen les impuso distintas formas de control disciplinantes y estigmatizadoras,

especialmente a las provenientes de los sectores desposeídos como las sirvientas, asimiladas con las prostitutas.

Las criadas son acusadas de encarnar los males de la feminidad por desempeñar sus labores en la esfera pública, hecho que, percibido como sucio, las convirtió en mujeres “de dudosa reputación, moralmente cuestionadas por irrumpir en escenarios sociales no regulados desde la vigilancia familiar” (Flores, 2007, P. 56). En ese sentido Florencia y Narcisa, leales servidoras en la novela *Misterio*, son descalificadas para conformar la familia idealizada no sólo por ser sirvientas, sino porque su linaje es materno como lo confirma Narcisa al expresar: “Yo soy una pobre aldeana de Hatillo, hija de lavandera y nieta de aplanchadora” (Argüello, 2004, P. 269). En una época donde la base de la familia es el patriarca por medio del cual se perpetúa el sistema, la genealogía materna se convierte en un acto censurable y repudiable.

Si las criadas no llenan los requisitos exigidos para configurar la familia imaginada, tampoco los satisfacen las trashumantes que, esporádicamente, llegan a Costa Rica. Entre ellas bailarinas y coristas; mujeres que viajan con las compañías artísticas por la región como la “aventurera” mexicana Liza Vergara. Esta cantante es difamada en *Misterio* por montar potros indómitos y por seducir a Andrés, uno de los personajes de la novela que gastó en tres semanas de atenciones a la diva, “todo cuanto había ganado y acumulado en dieciocho meses” (Argüello, 2004, P. 287). A diferencia de los extranjeros quienes llegan al país a invertir o a “regalar” el dinero, como lo hace Rakosky, las forasteras son vistas como derrochadoras siendo inhabilitadas para configurar el ideal de familia por no respetar ni poseer los valores femeninos pautados en el sistema de dominación masculino. En un período en el que se gesta el imaginario nacional, “las otras” se constituyen en mujeres inaceptables: por ser “malas influencias”, por alentar costumbres ajenas, por carecer de un lugar específico debido a su nomadismo y por dedicarse a actividades públicas consideradas inmorales y perversas. Así se percibe a las foráneas en los discursos dominantes de la época en los cuales son juzgadas como la alteridad amenazante.

Lejos de llenar las expectativas para configurar el modelo ideal de la familia redefinido por el sistema liberal, se encuentran la madre y las hermanas de “Andrés Cordón, especie de anfibio con figura de varón, hábitos afeminados y costumbres de gañán” (Argüello, 2004, P. 232). Sin una figura paterna en la familia estas mujeres no califican para el proyecto de familia por ser culpables del afeminamiento de Andrés con sus atenciones y mimos. El rechazo también se debe a que fomentan las expectativas de Andrés como escalador social, toda vez que le mantienen renovadas las vestimentas por sus habilidades con la aguja. Esta circunstancia le permite al oficinista aparentar lo que no es al “presentarse en la sociedad, siempre vestido a la última moda, limpio y correcto, y aún al parecer lujoso” (Argüello, 2004, P. 284), en una época de grandes diferenciaciones sociales, producto del proyecto hegemónico liberal.

La invalidación de estas mujeres se debe también a su religiosidad, una práctica mal vista en un período en el cual la alianza estratégica entre la iglesia y el Estado se resquebraja; discordia que culminó “en una ruptura a fines del siglo XIX, (en la década de 1880)” (Rodríguez, 2003, P. 32). La ruptura iglesia-estado se vislumbra en *Misterio* en la forma trivial con la que Argüello trata lo religioso en diferentes circunstancias. Un ejemplo de ello es la reflexión de Julio Espinosa, protagonista de la novela, joven de ideología liberal y librepensador, quien expresa a su enamorada:

“No es Dios quien tales leyes ha dado; son los hombres, la sociedad, los que con sus costumbres han hecho posible la separación (...) La naturaleza o lo que es lo mismo el Creador, no se complacería en el tormento de los que se abandonan al más sublime de los sentimientos del corazón” (Argüello, 2004, P. 263)²².

Si las criadas, las mujeres de escasos recursos y las foráneas, son repudiadas en el proceso de configuración de la familia imaginada, también son rechazadas aquellas costarricenses que, por educarse en el extranjero, adoptan otras culturas. Sin importar la extracción social son

deslegitimadas como le sucede a Delfina quien, pese a pertenecer a la clase acaudalada, no logra satisfacer las expectativas del proyecto de familia implementado por el emergente estado-nación. La desaprobación de Delfina se debe a su menosprecio por San José y a su deferencia por París, capital europea donde estudió y residió durante su niñez y adolescencia. La censuran por el atrevimiento de comparar a San José con el limbo y desdeñarlo, al reiterar que “no es París y carece de teatros, de paseos y de ruido (...) es muy triste, muy pequeño y destituido de todo lo que me hace la vida amable” (Argüello, 2004, P. 217).

El estigma sobre Delfina va más allá cuando es tachada de loca por añorar la ciudad francesa, nostalgia que la lleva a confesar: “a veces deseo morirme porque creo que el Paraíso debe parecerse a París” (Argüello, 2004, P. 218)²³. Defensor de la moral, de la razón, e inmerso en el proceso de higienización social, el régimen liberal descarta a Delfina de su proyecto de familia imaginada por mostrar comportamientos considerados anómalos. Así se clasifica la carcajada que la acomete cuando le presentan a Rakosky; hilaridad que la lleva “hasta el grado de verse obligada a tenerse el estómago y a enjugar las lágrimas que su ataque de risa le producía” (Argüello, 2004, P. 245). La risa, catalogada como fallas en el autocontrol de las emociones, se convierte en una de las “señales certeras de desborde emocional y de manifestación de trastorno” (Flores, 2007, P.80). Sin importar si las expresiones de júbilo se dan en un contexto acorde a la alegría, se condena la risa femenina por considerarse una manifestación extemporánea e inmotivada; aún en momentos de felicidad (Argüello, 2004, P. 282)²⁴.

Otra de las razones para rechazar a Delfina es su enamoramiento de Julio Espinoza, personaje novelístico del que resulta ser su hermana. No es de extrañar que, ligado el varón en el sistema patriarcal a la producción de cultura, sea a Delfina a quien le endilguen la acción incestuosa por cuanto lo femenino se vincula con la naturaleza y “la interdicción del incesto como la ley universal y básica (...) establece el pasaje de la naturaleza a la cultura, es decir de la biología a la norma” (Amado y Domínguez, 2004, P. 26).

Con la prohibición del incesto el estado “cierra la puerta a la satisfacción naturalmente buscada en el circuito familiar y une de modo inseparable el deseo y la ley” (Amado, 2004, P. 26). Es sugerente observar la forma en que la sociedad josefina, abierta al mundo a través de los valores mercantiles sustentados por el estado-nación, intenta dejar atrás costumbres ligadas al descontrol instintivo como el incesto. En un período en el que se configura el imaginario josefino-nacional el incesto es condenable tanto por acarrear la degeneración física y moral como porque, asociada la sexualidad femenina con la amenaza y la destrucción, los placeres femeninos van a ser “trasmutados en muerte social, en peligro para la preservación de la patria” (Flores, 2007, P. 24)²⁵.

Si por un lado se descartan las mujeres que no cumplen con las necesidades pautadas por el sistema liberal para redefinir la familia, por el otro se establecen los arquetipos maternos con los cuales la burguesía agroexportadora logra configurar la familia imaginada. Entre las mujeres ejemplares destaca Elena Escoto mujer recreadora del eterno femenino por ser “el perfecto tipo del sexo bello, débil, indefenso y confiado, tenía plena fe en las prerrogativas de la debilidad, de la belleza y de la virtud” (Argüello, 2004, P. 232). La sumisión, el recato y el silencio, la hacen merecedora de constituirse en una de las mujeres prototipos del proyecto de invención familiar. Aunque su familia perdió la fortuna en una transacción mercantil logra recuperarla, permitiéndole desposarse con Roberto Delgado, joven liberal quien, en una sociedad abierta al mercado, logra emplearse

“a la cabeza de una grande empresa de exportación de bananos, se enriquece cada día más y más. Habita una confortable villa o casa de dos pisos en la línea vieja, entre los Guápiles y Jiménez y ellos mismos educan tres bambinos, dos varones y una niña, que con sus juegos y sus estudios embellecen la vida de los padres” (Argüello, 2004, P. 290).

Es sugestivo advertir la descripción idílica de la familia Delgado Escoto, diez años después de contraer matrimonio; una invención adecuada

a la identidad construida por políticos e intelectuales liberales. Además del bucolismo familiar, se constata la relación laboral asalariada de los descendientes de las familias adineradas costarricenses con la compañía bananera, mientras la producción y mercantilización del banano está en manos de Minor Keith. Así lo reconoce el novelista en *El huerfanillo de Jericó*, obra en la que describe la finca “La Pepilla”, posesión del norteamericano (Argüello, 2004, P. 122).

Otra mujer ejemplar para configurar la familia idealizada es Inés que “es todo cuanto se puede ser de femenino, delicado y vaporoso” (Argüello, 2004, P. 223). Inés adquiere el privilegio de conformar el ideal de familia al desposarse, una vez muerto su esposo, con Julio Espinosa. Aunque enamorada de Julio, hijo de un próspero comerciante y una aristocrática dama y “el más arrogante joven de San José, simpático, valiente, liberal” (Argüello, 2004, P. 215), Inés sacrifica su amor, por guardarle fidelidad a su marido y esperar el tiempo prudencial para casarse, respetuosa de las costumbres y tradiciones patriarcales. Este matrimonio, unificador de fortunas, es descrito bucólicamente cuando Argüello comenta, años después del enlace, el viaje que realiza la pareja “por Europa, en compañía de dos niños, fruto de su acendrado cariño” (Argüello, 2004, P. 290).

De lo expuesto sobre la selección de los arquetipos maternos para configurar la familia imaginada se vislumbra que, mientras a las mujeres se les exigen múltiples requisitos, lo exigido a los varones dentro del proyecto familiar fue pertenecer al sector acaudalado y a la ideología liberal, doctrina organizadora de los valores burgueses-mercantiles bajo los que se gesta el estado-nación en Costa Rica. La familia se constituyó bajo el régimen liberal-patriarcal que dominó, totalizó y disciplinó la sociedad con políticas intervencionistas y reguladoras, en la institución fundamental para “eternizar” el imaginario josefino; un imaginario gestado en las dos últimas décadas del siglo XIX y que, aún hoy, se quiere eterno.

Pensar las identidades en estos tiempos.

“La concepción contemporánea de las identidades (...) se aleja de todo esencialismo –en tanto

conjunto de atributos “dados”, preexistentes-para pensar más bien su cualidad relacional, contingente, su posicionalidad en una trama social de determinaciones, su desajuste –en exceso o en falta- respecto de cualquier intento totalizador”. Leonor Arfuch²⁶.

La exploración de la identidad josefino-costarricense a través de la primera novela nacional, según calificó a *Misterio* el autor Manuel Argüello Mora, deja al descubierto las tácticas empleadas por los círculos políticos e intelectuales liberales para construir el imaginario nacional al consolidarse el estado-nación. Aunque Argüello enfatiza sobre la gestación del imaginario como creación cultural de la burguesía liberal-mercantil, deja entrever otras metáforas identitarias forjadas durante la colonia, período en el que se fragua el mito del “labriego sencillo”; invención primordial de la “democracia rural” costarricense²⁷.

Vinculada la literatura al nacionalismo político en el que se gestó el proyecto identitario, en *Misterio* se descubren las maniobras del régimen liberal para configurar la identidad costarricense suprimiendo internamente la multiculturalidad con posturas racializadas y homogeneizadoras. La burguesía agromercantil configuró un imaginario en el que estableció la “excepcionalidad” costarricense frente a los otros centroamericanos. Un imaginario manoseado por políticos e intelectuales costarricenses desde la década de 1880 hasta el presente; una metáfora desgastada en la que se visualiza a Costa Rica como una especie de arcadia meseteña donde todos somos blancos, iguales y pacíficos; tal la recreación de Argüello Mora en su novela.

En la última década del siglo XX los “políticos” han debido echar mano de nuevas metáforas identitarias entre las que destaca la selección nacional de fútbol que, en tiempos de mundialización y neoliberalismo, coincidió “con la crisis de las instituciones y de los imaginarios de nación en Costa Rica” (Sandoval, 2006, P. 74)²⁸. La cultura costarricense se ha futbolizado como se aprecia en el énfasis publicitario y propagandístico en los mass media y en la forma en que el lenguaje futbolero ha permeado todos los

estratos sociales. El fútbol se ha convertido en el principal instrumento despolitizador y desmovilizador de los grupos descontentos al ser usado por los gobernantes neoliberales y por la prensa, como adormecedor del malestar general.

Pensar la identidad en estos tiempos implica descubrir que no es algo permanente, algo que se encuentra, se tiene o se pierde, sino un espacio de confrontación y lucha debido a que la "identidad se redefine y renegocia continuamente según las situaciones" (Neri, 2002, P. 429). Las identidades no pueden agotarse nunca en una simple pertenencia, especialmente en estos tiempos cuando la presencia de la alteridad se vive, con frecuencia, como algo amenazante; unos tiempos en los que renacen nacionalismos y xenofobias ante una comunidad emigrante desestabilizadora del escenario doméstico: espacio desbordado por las diásporas, los desplazamientos, las travesías nomádicas.

NOTAS

1. Véase el texto "Problemática de la identidad en el discurso narrativo latinoamericano". Págs. 123-124.
2. En esta indagación se utilizan dos versiones de la novela *Misterio*. Se trabaja con la versión de la EUCR publicada en 1888 y que aparece en *Obras literarias e históricas* (2007), porque la edición de la novela de la Editorial de la Universidad de Costa Rica (2004), y que corresponde a la última publicación de *Misterio* (1899), está recortada. De la edición del 2004 se considera el prólogo realizado por el estudioso de la literatura Juan Durán Luzio y el exordio del escritor Manuel Argüello Mora, ambos citados en esta indagación en números romanos.
3. En esta revista de ciencias, arte y literatura, se publicó por entregas la novela de Manuel Argüello Mora. Los estudiosos de la literatura costarricense difieren sobre el período de publicación. Así mientras Ovares y Rojas, en *La casa Paterna y 100 años de literatura costarricense*, señalan los meses de febrero y marzo de 1888, el estudioso Juan Durán Luzio en *Cronología de Manuel Argüello Mora*, sostiene que esta obra se publicó entre febrero y setiembre, del mismo año.
4. El subrayado es mío.
5. Manuel Argüello está vinculado a la formación del estado-nación costarricense. Este intelectual ocupó distintas funciones públicas como juez, magistrado, ministro y secretario de fomento; además ejerció el puesto de rector de la Universidad de Santo Tomás y fundó algunos semanarios. Conocedor de varios idiomas y viajero consuetudinario, fue también importador de libros los que hizo circular, sin mayor éxito, alquilándolos en el "Bazar Atlántico", negocio del que fue su dueño.
6. Sobre la importancia de la carreta en la vida nacional véase el libro *Boyereros, bueyes y carretas*. Por la senda del patrimonio intangible, de las antropólogas Cecilia Dobles, Giselle Chang y Carmen Murillo. En la reseña de la obra, incluida en el Suplemento *Crisol*, Semanario Universidad del 18 al 24 de junio de 2008, las autoras "señalan que el siglo XIX fue la época de oro de la carreta por el auge del cultivo del café, y mayormente utilizada en el Valle Central (...) la carreta tiene una enorme importancia histórica por su contribución al desarrollo económico, social y cultural del país" p. 4.
7. Así se expresa Lugo, repitiendo a Benedict Anderson, en el artículo "Reflexiones sobre la teoría de la frontera, la cultura y la nación", texto publicado en *Teoría de la frontera: Los límites de la política cultural*, p. 77.
8. En los cuadros de costumbres, como los del escritor guatemalteco José Milla, es común encontrar referencias a las indias-criadas. En la obra *Las criadas*, Milla comenta que algunas de estas sirvientas "comían y vestían a costa de los amos, sin llevar salario" (Milla, p. 173).
9. Es muy probable que, como gran lector, Argüello Mora remede con este personaje a Puck, el duende pícaro de *Sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare.
10. Si bien Argüello oculta en *Misterio* a los afrodescendientes, está consciente de la presencia

- de los negros y los chinos en la zona atlántica costarricense. Así lo reconoce en la obra *El huerfanillo de Jericó*, al señalar que entre dos fincas bananeras, una de las cuales es del empresario Minor Keith, forman “un pueblo de negros, blancos y amarillos (los chinos)” (Argüello, p. 122). En *El huerfanillo de Jericó* el negro es representado con los prejuicios y estereotipos de los sectores marginados; es el asesino-ladrón que amenaza y maltrata a un niño blanco para iniciarlo en sus fechorías. Es importante señalar el papel de Minor Keith en la traída a Costa Rica de grupos “fenotípica y culturalmente distintos al idealizado “blanco” (Murillo, p. 61) pues, a pesar de existir la Ley de bases y colonización de 1862, en 1887 el empresario bananero “aboga por permiso estatal para la importación de “elemento africano o asiático” a fin de concluir la línea férrea, aclarando “que en el caso de no ser posible conseguir el primero, tendré necesidad de recurrir al segundo” y comprometiéndose a mantenerles “aislados en sus campamentos en la línea, sin ningún contacto con la gente de aquí y a reembarcarlos una vez concluidos los trabajos” (Murillo, p. 62).
11. Sobre la Costa Rica blanca, igualitaria, pacífica y circunscrita a la Meseta Central, imaginario creado por los viajeros que transitaron por Centroamérica a mediados del siglo XIX, han discurrido las reflexiones de autores “tan variados y dispares como Abelardo Bonilla, León Pacheco, Luis Barahona, Carlos José Gutiérrez, Eugenio Rodríguez, Abdulio Cordero, Hernán Peralta, etc” (Giglioli, p. 18). A estos y a otros estudiosos, catalogados como “nacionalistas metafísicos”, se refiere Alexander Jiménez en *El imposible país de los filósofos*.
 12. Véase *Lo pluricultural y lo híbrido: ejes del proceso de configuración de la identidad y la nacionalidad costarricense*, de Giselle Chang.
 13. Ver la posición sostenida por el crítico Juan Durán Luzio en el prólogo de la novela *Misterio* (2004), p. xxviii.
 14. Argüello reconoce en las Obras literarias e históricas: “todo mi afán ha sido el ocultar mi nombre, usando de diferentes seudónimos” (p. 19).
 15. En el libro *Costa Rica en el siglo XIX: antología de viajeros*, se constata la visión que tienen John Hale, John Lloyd Stephens, Robert Glasgow Dunlop, Wilhelm Marr y otros viajeros sobre Costa Rica; un país al que consideran “excepcional” en comparación a las demás naciones centroamericanas. El imaginario de la Costa Rica paradisíaca, pacífica, blanca y meseteña emerge de las apreciaciones de estos viajeros. Así se evidencia cuando Stephens comenta: el estado de Costa Rica “no era como el resto de Centro América, retrógrado y ruinoso” (p. 48), “El estado de Costa Rica gozaba entonces de una prosperidad no igualada por ningún otro de la disuelta confederación (...) se había librado de las revueltas y guerras que asolaban y devastaban a los otros Estados” (p. 51). Por su parte Glasgow abona al “excepcionalismo” costarricense cuando comenta: “la meseta en que está concentrada la población produce abundantes alimentos” (p. 86). “Los habitantes de Costa Rica son casi todos blancos, no habiéndose mezclado con los indios (...) Su carácter difiere mucho de los habitantes de todas las demás partes de Centro América (...) desde hace cuatro años no ha ocurrido un hecho de sangre. Estado de cosas muy distinto del que existe en los otros Estados, donde los hay casi todos los días” (p. 87). Al “excepcionalismo” de Costa Rica también se refiere Marr al reseñar: “Todo nos sonreía en aquella naturaleza. Los jinetes y carreteros que encontrábamos eran alegres y corteses; ninguno viajaba con armas; ninguna mirada huraña, pérfida o socarrona se posó sobre nosotros; no tomamos ninguna precaución en las revueltas del camino o al pasar junto a otro jinete. No vimos nada que se pareciese a la vecina Nicaragua” (p. 123). En sus apreciaciones comparatistas Marr contrasta al golfo de Nicoya con el golfo de Nápoles, del que resulta victorioso el primero. Además llama al país “Paraíso de los Andes” (p. 103) y coteja un paraje de Atenas con alguna localidad suiza al plantear: “el Rigi de la Suiza con todo el bálsamo de la tarde de verano se había trasladado allí” (p. 122). En otro momento y camino a Cartago Marr vuelve a equiparar el paisaje costarricense con los del país europeo al indicar: “Un aire fresco de montaña, recuerda el de las alturas de los Alpes de Suiza” (p. 154), para luego afirmar: “creo que en toda la

- tierra, sin exceptuar a Italia, no se encuentra un cielo más encantador ni una atmósfera más agradable” (p. 155-156).
16. En Costa Rica en el siglo XIX: antología de viajeros, el alemán Wilhelm Marr comenta sobre un polonés apellidado von Salich, ligado al gobierno de Juan Rafael Mora Porras como “instructor de la milicia costarricense” (p. 149). Hijo adoptivo y sobrino del presidente Mora, es probable que Argüello recreara a von Salich en Misterio, a través de Rakosky.
 17. Véase lo expresado por el viajero Wilhelm Marr, en Costa Rica en el siglo XIX: antología de viajeros, cuando refiriéndose a la belleza de las mujeres costarricenses comenta: las jóvenes campesinas de Costa Rica “seducen a primera vista. Su tez ligeramente morena atrae y cautiva; a veinticinco pasos de distancia se inclina uno todavía a atribuir este color a la acción del sol. Los labios no son los pálidos del negro ni los grises del indio, sino rojizos, y los dientes de perfecta blancura (...) sus ademanes tienen una gracia natural, en vez de la prosopopeya simiesca de los nicara-güenses” (p. 123-124).
 18. Nótese la imagen de la mujer cotejada con el palmito, un piropo común en España y otros lugares de Latinoamérica. De esa galantería se infiere la blancura, el porte, la elegancia y la distinción, si se piensa que este producto es extraído de las altas palmeras y es un comestible muy sabroso. Se reafirma de esa manera la blancura-belleza de las mujeres costarricenses frente a las de otras latitudes.
 19. Para conocer sobre el contexto en el que se dio el debate y las cartas intercambiadas entre los polemistas, consúltese el libro *La polémica (1894-1902): el nacionalismo en literatura*, texto editado por Alberto Segura.
 20. Este símbolo identitario, compuesto para dar la bienvenida a los visitantes foráneos, tuvo su propia letra hasta 1903 después de experimentar algunas improvisaciones. Consúltese el texto “Civismo conciliatorio de 100 años”, de Carlos Porras, publicado en *Ancora*, suplemento del periódico *La Nación*, el 14 de setiembre de 2003, p. 1 y 2.
 21. Amado toma esta cita del libro *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, de Gabriela Nouzeilles (2000).
 22. El subrayado es mío.
 23. La locura femenina es un lugar común para toda mujer pensante en el sistema patriarcal.
 24. Sobre la risa y las mujeres véase el libro *Textos y espacios de mujeres: Europa, siglo IV-XV*, de María-Milagros Rivera Garretas, p. 81 a la 104.
 25. La restricción del incesto no se desplegó a las alianzas matrimoniales intrafamiliares, una práctica común entre los sectores acaudalados costarricenses con el fin de “incrementar los patrimonios y el poder de los maridos, lo cual develaba la dimensión mercantil de los lazos conyugales, necesarios para los futuros promisorios de muchos hombres” (Flores, p. 163).
 26. Véase el libro *Pensar este tiempo*, texto compilado por Leonor Arfuch, p. 14.
 27. Este símbolo es redivivo hasta la actualidad en los discursos de los políticos que se turnan en el poder. A través de imágenes como “el ser nacional” o “el alma nacional”, la metáfora no ha perdido vigencia apareciendo en escena cada vez que la clase política intenta neutralizar y desmovilizar a los grupos sociales descontentos. El mito sigue representándose en la sociedad pese a que, según ironiza Tatiana Lobo en Costa Rica imaginaria, el “labriego sencillo” ha devenido en “delincuente, narcotraficante, político choricero, banquero estafador, macho violador, padre incestuoso, psicópata abusador de niños, marido uxoricida, agresor, policía corrupto...” (Lobo, p. 31). La permanencia de ese imaginario se aprecia no sólo en las recreaciones discursivas de los políticos neoliberales: defensores de la globalización, del capitalismo salvaje y de los tratados de libre comercio. También lo emplean los opositores quienes, en sus argumentaciones proteccionistas-nacionalistas, apelan al mito, como se observó en el referendo de octubre de 2007.
 28. Véase el artículo “Fútbol, mass media y nación en Costa Rica”, de Sergio Villena y el libro

Fuera de juego: fútbol identidades nacionales y masculinidades en Costa Rica, de Carlos Sandoval García.

BIBLIOGRAFÍA

- Acuña, Víctor Hugo (2001). "Mito de la nación". Suplemento *Áncora*, *La Nación*, 8 de abril.
- Aínsa, Fernando (1986). *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Editorial Gredos.
- Aínsa, Fernando (1998). "Problemática de la identidad en el discurso latinoamericano". En *Fronteras e identidades*, San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Amado, Ana y Domínguez, Nora (Compiladoras) (2004). *Lazos de familia*, Buenos Aires: Paidós.
- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Arfuch, Leonor (Compiladora) (2005). *Pensar este tiempo: Espacios, afectos, pertenencias*. Buenos Aires: Paidós.
- Argüello, Manuel (2004). *Misterio: escenas de la vida en Costa Rica*, San José: Editorial Costa Rica.
- Argüello, Manuel (2007). *Obras literarias e históricas*, San José: Editorial Costa Rica.
- Chang, Giselle. "Lo pluricultural y lo híbrido: ejes del proceso de configuración de la identidad y la nacionalidad costarricense". En *Imágenes*, vol. 2, No. 4, 1995.
- Cortés, Carlos (2003). *La invención de Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica.
- Escobar, Ticio. "Identidad, mito, hoy". En *Revista Casa de las Américas*, 186, 1992.
- Fernández, Ricardo (Compilador) (2002). *Costa Rica en el siglo XIX. Antología de viajeros*. San José: EUNED.
- Flores, Mercedes (2007). *La construcción cultural de la locura femenina en Costa Rica (1890-1910)*, San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Fonseca, María Eugenia. "Boyereros, bueyes y carretas: un bastión de la nacionalidad costarricense". En el *Semanario Universidad*, suplemento Forja del 18 al 24 de junio de 2008.
- Giglioli, Giovanna. "Los colores de la patria: Los colores de la idiosincrasia". En Jiménez, Alexander y Oyamburu, Jesús (Compiladores), (1998). *Costa Rica imaginaria*. Heredia: Editorial Fundación UNA.
- González, Beatriz (1987). *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas.
- Grimson, Alejandro. "Disputas sobre las fronteras". En Michaelsen Scott y Johnson, David (Compiladores) (2003). *Teoría de la frontera: Los límites de la política cultural*. Barcelona: Gedisa, S. A.
- Jiménez, Alexander (2002). *El imposible país de los filósofos: El discurso filosófico y la invención de Costa Rica*. San José: Ediciones Perro Azul.
- Lobo, Tatiana (1998). "Costa Rica imaginaria". En Jiménez, Alexander y Oyamburu, Jesús (Compiladores). *Costa Rica imaginaria*, Heredia: Editorial Fundación UNA.
- Méndez, Rafael (2007). *Imágenes del poder: Juan Santamaría y el ascenso de la Nación en Costa Rica (1860-1915)*. San José: EUNED.
- Martín, Ma. Belén. "Mujer y nación: Construcción de las identidades". En Suárez, Beatriz, Ma. Belén Martín y Fariña Ma. Jesús (Editoras) (2000). *Escribir en femenino*. Barcelona: Icaria.
- Michaelsen, Scott y Johnson, David (Compiladores) (2003). *Teoría de la frontera: los límites de la política cultural*. Barcelona: Gedisa, S. A.
- Milla, José (2003). *Cuadros de costumbres*. Guatemala: Editorial piedra Santa.

- Molina, Iván y Palmer, Steven (2000). *Historia de Costa Rica: breve, actualizada y con ilustraciones*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Molina, Iván (1991). *Costa Rica (1800-1850) el legado colonial y la génesis del capitalismo*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Molina, Iván (2005). *Del legado colonial al modelo agroexportador. Costa Rica 1821-1914*, San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Molina, Iván (2007). *Identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica durante la segunda mitad del siglo XX*, San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Murillo, Carmen. "La piel de la patria: sobre las representaciones de la diversidad cultural en Costa Rica". En Alba, Víctor y Jiménez, Alexander (1999). *Identidades y ciudades*. Heredia: EFUNA.
- Neri, Francesca "Multiculturalismo, estudios poscoloniales y descolonización". En Gnisci, Armando (2002). *Introducción a la literatura comparada*, Barcelona: Editorial Crítica, S, L.
- Ovares, Flora. Rojas, Margarita et al (1993). *La casa paterna*, San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Palmer, Steven. "Una disciplina liberal: inventando naciones en Guatemala y Costa Rica. En Taller de Historia, Managua: julio de 1994. Reseña de la disertación doctoral de Palmer elaborada por Frances Kinloch Tiberino.
- Pérez, María. "Entre la tradición y la ruptura: Manuel Argüello Mora, un humanista del siglo XIX". En *Revista Filología y Lingüística* 10(2): 63-87, 1984.
- Pérez, Héctor (1989). *Breve Historia de Centroamérica*, México: Alianza Editorial Mexicana.
- Piastro, Julieta (1998). "Identidades en movimiento". En Manuel Cruz (compilador). *Tolerancia o barbarie*. Barcelona: Gedisa.
- Pizarro, Ana. "Mitos y construcción del imaginario nacional cotidiano". En *Revista Atenea*, I Sem. 2003, pp. 103-111.
- Porras, Carlos. "Civismo conciliatorio de 100 años". En *Ancora*, suplemento cultural del periódico *La Nación*, del 14 de setiembre del 2003 pp. 1y 2
- Putnam, Lara. (1999) "Ideología racial, práctica social y estado liberal en Costa Rica". En *Revista de Historia*, Heredia: EUNA, enero-junio, No. 39.
- Quesada, Álvaro. (1998) *Uno y los otros: Identidad y literatura en Costa Rica 1890-1940*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Quesada, Álvaro. "Sobre la identidad nacional". En *Revista Herencia*. Sin otros datos
- Rojas, Margarita. Ovares, Flora. (1995) *Cien años de literatura costarricense*, San José: ediciones FARBEN.
- Rodríguez, Eugenia. (2003) *Los discursos sobre la familia y las relaciones de género en Costa Rica (1890-1930)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Sandoval, Carlos. (2002) *Otros amenazantes Los nicaragüenses y la formación de identidades nacionales en Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Sandoval, Carlos. (2006) *Fuera de juego: Fútbol, identidades nacionales y masculinidades en Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Segura, Alberto. (1995) *La polémica (1894-1902): el nacionalismo en literatura*. San José: EUNED.
- Villena, Sergio. "Fútbol, mass media y nación en Costa Rica". En *Fútbol e identidad nacional. Cuadernos de Ciencias Sociales*, FLACSO, sin otros datos.